

América Latina: deseo de mundo

(Una mirada desde el *Facundo* de Sarmiento)

I

Sarmiento inicia su obra con una evocación: la del propio caudillo Facundo. Es conocida la importancia del recuerdo y sobre todo de la memoria en las culturas tradicionales. El olvido se equipara a la ignorancia de lo primordial, a la regresión o a la muerte. Sarmiento no llama tan sólo una figura histórica anclada en un pasado reciente (el caudillo había sido asesinado en 1835, hacía diez años), sino principalmente una leyenda o la construcción social de un imaginario. Se ve que lo que le interesa es dicha construcción o transfiguración, su «sombra terrible» (Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1977, pág. 7), la capacidad de sobrevivencia del mito en el hombre y en la realidad argentinos, así como su encarnación en Rosas. Según Sarmiento el alma de Facundo «ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin» (pág. 8). La evocación no es un acto cualquiera. Pretende traer aquello que sustenta la condición actual de la Argentina. Lo evocado por Sarmiento posee una doble y complementaria cualidad: es socialmente elaborado y fundante. No tiene, sin embargo, desde su perspectiva, un contenido paradigmático o modélico. Su representación despierta del sueño o de la confusión, deja dispuesto, pero no constituye por sí mismo un programa, ni tampoco invita a la imitación.

Mircea Eliade plantea que en las sociedades tradicionales el mito relata un acontecimiento primordial, una creación, que tiene el valor de ser modelo ejemplar, de orientar y humanizar los comportamientos o acciones de los hombres¹. Pienso que uno de los nudos «que no ha podido cortar la espada» (*Facundo*, pág. 9) y que explica el drama de la Argentina según Sarmiento, se vincula con esta disociación entre lo socialmente elaborado, el secreto que esconden las tradiciones populares o el propio *Facundo*, y las exigencias y modificaciones que impone el proyecto romántico-liberal. Lo primero no sólo no tiene un contenido modélico: ha devenido «monstruo» (pág. 9) con Rosas, cambiando en falso, calculador, maquiavélico lo que en *Facundo* era sólo «provinciano, bárbaro, valiente» (pág. 9). Sin regulaciones arquetípicas, sin legados o mandatos culturales propios, el proyecto que compromete a Sarmiento tendrá que ser creado necesariamente *ex nihilo*. A la ausencia de orígenes ancestrales se une el exceso de capacidad deductiva, el desarraigo y la carencia de «sentido práctico» (pág. 113) que según Sarmiento mostró un alto grado la generación *unitaria*, inmediatamente anterior². Éstos son algunas de las razones de la sentida debilidad del nuevo proyecto (son asesinados los héroes de *Amalia* de José Mármol y el joven unitario es devorado por el *Matadero* de Esteban Echeverría) y de su extremo voluntarismo. A aquél no se renuncia aun cuando —dice Sarmiento— «los pueblos en masa nos den la espalda» (*Facundo*, pág. 14).

Sin desmerecer lo dicho sobre Rosas, en definitiva *Facundo*, más que éste, expresa más profundamente «el misterio» (pág. 10), «las larvas ardientes que se revuelcan» (pág. 9), «los elementos contrarios, invencibles, que se chocan» (pág. 10), la ausencia de norte u objetivo preciso. *Facundo* es fuente, Rosas «su heredero, su complemento» (pág. 8). Se sabe la importancia que le concedió Sarmiento —inspirado en Herder, Humboldt— a la influencia o determinación del medio geográfico y social sobre el comportamiento de los hombres. Para comprender lo que ocurría había que buscar «en los antecedentes nacionales, en la fisonomía del suelo, en las costumbres y tradiciones populares» (pág. 9). *Facundo* es hijo de la pampa así como la civilización es hija de la ciudad. Este esquematismo envuelve también al liberalismo, que es resultado de la influencia civilizadora de Europa, presentándose el conflicto como un destino que compromete más allá de la voluntad de los contendientes en una lucha colosal, solemne. «¿Somos dueños de hacer otra cosa que lo que hacemos?» (pág. 12), se pregunta Sarmiento.

Por el carácter de los elementos involucrados el nudo trasciende la realidad argentina y la época de Rosas. El ámbito es América latina y, extremando las cosas, la metafísica misma. Hemos dicho que la construcción que opera en *Facundo*, su transformación en mito, traduce un impase bastante radical. Para el proyecto sarmientino el impase expresa una ausencia de

¹ Mircea Eliade: Mito y realidad, *Guadarrama, Barcelona*, 4.ª Edición 1981; Lo sagrado y lo profano, *Guadarrama, Barcelona*, 4.ª Edición 1981.

² Arturo Andrés Roig ha examinado el cuestionamiento que la generación rioplatense de 1837 hizo a la generación de la Independencia («La Ilustración y la Primera Independencia», en Cuadernos Americanos, México, mayo-junio 1983). Parte de la argumentación romántica contra la ilustración americana se mantiene en la crítica que Sarmiento hace a los unitarios. Su pensamiento es tributario de la reacción de los románticos europeos contra el siglo XVIII y la Revolución Francesa.

fundamento en el plano del imaginario social. Es en este plano donde se sitúa «el secreto» (pág. 7) según el propio Sarmiento. Todo esto le exige superar la debilidad profunda y constitutiva de su proyecto: su irrealidad o desarraigo o, lo que es lo mismo, su carácter profano, no consagrado. Hay en Sarmiento una tendencia perseverante, compulsiva, por quebrantar la opacidad natural de sus ideas, su extrañeza, para cargar a éstas de un simbolismo movilizador. No deja de tener importancia en esta dirección el hecho de que su texto se abra con un signo de exclamación. Pienso que Sarmiento logra su propósito, resignificando y universalizando su ideario. Nuestro autor constata con satisfacción que su «pobre librejo» (pág. 19) ha tenido la fortuna de encontrar lectores apasionados en la propia Argentina de Rosas «hasta hacerse él mismo, en las hablillas populares, un mito como su héroe» (pág. 19). Sarmiento no comete el error de oponer a la capacidad de mitologización del pueblo unos conceptos fríos, por racionales que parezcan. El peso simbólico que hace caer sobre su ideario va más allá de un simple recurso retórico. Con este peso intenta remediar lo que no tiene y recomponer así los lazos o condiciones desde los cuales un nuevo imaginario es posible. La falta de fundamento en las tradiciones o elaboraciones propias lo sustituye dando a dicho ideario una plusvalía de energía, amén de las razones explícitamente declaradas (inmigración europea, educación, prensa libre, etc.). Esta sobrecarga expresó una resistencia reconocida por el propio Rosas: «el libro del loco Sarmiento es de lo mejor que se ha escrito contra mí: así es cómo se ataca, señor; así es cómo se ataca»³. Su significado es, no obstante, todavía más profundo que esa resistencia, atestiguando una apetencia ontológica, de participación en el ser.

Sarmiento encara así la enorme empresa de crear un mundo. La recurrencia a Europa, el empleo de categorías fuertemente ideológicas o la aplicación del modelo de la conquista del Oeste (cita expresamente a Fenimore Cooper)⁴, no debe confundir respecto de lo que puede ser su propósito esencial. Planteadas así las cosas, el conflicto se hace más dramático todavía. Más que a la imposición de un mundo sobre otro —cuestión que admite grados de imposición o dominio, mestizajes, etc.— su deseo de mundo expresa una arremetida total, totalizadora, desbordante. Sarmiento no es sólo un rebelde. Echa sobre sí la tarea de armar un rompecabezas cuyas piezas no calzan o no están en la realidad del imaginario social. Mientras todo empuja en sentido contrario, su texto alcanza a ratos un tono delirante, como si adelantara el génesis, la creación del mundo. Tanto el nudo que se propone desatar, como su ambición más profunda, hacen patente —más allá de sus especificades o detalles— una de las constantes o *aporías* más perturbadoras de la historia política e ideológica latinoamericana, y que

³ Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*, Ed. Universitaria de B. Aires, Buenos Aires, 2.^a edición, 1973. Citado en Facundo, B. Ayacucho, Venezuela, 1977, pág. 19, nota 21.

⁴ James Donald Fogelquist: «Cooper y Sarmiento: el tema de la civilización y la barbarie», Cuadernos Americanos, México, enero-febrero 1981.

el propio argentino contribuye a estatuir. Discrepo con Sarmiento cuando se define a sí mismo como «un ente raro»⁵. El deseo del mundo o la necesidad de volverlo a construir, así como la discusión sobre sus bases, principios o métodos, cruza parte importante de nuestra historia ideológica. Es uno de los motivos conductores del ensayo latinoamericano. La aspiración a darnos una forma cultural y social, desde la cual reconocernos o revalidar una identidad común, ha sido un factor de agitación, movilización y lucha activa entre nosotros. En la propia Argentina el problema planteado por Sarmiento, y lo que deja pendiente (el pueblo y sus tradiciones), será recogido por autores diversos, tales como Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Alberto Caturelli o Rodolfo Kusch.

II

El deseo de mundo cala hondo en Sarmiento. Su propuesta se ubica en un plano elemental y fundacional. Si bien su pensamiento configura tradición en América latina, no es por cierto el primero en advertir lo que se juega en este continente. Antes que él, Simón Bolívar supo calibrar la importancia de sentar bases o de tener un orden capaz de expresar a este «pequeño género humano»⁶.

Sarmiento carga las tintas, radicalizando todo aquello que amenaza su mundo. Pienso que no son propiamente dos mundos distintos y opuestos los que se exponen en su texto, uno más poético y bárbaro, y otro más racional y civilizado, cuestión que al límite abriría una esperanza de síntesis o pacto. Se asiste más bien al esfuerzo ingente, primario, de trascender lo fáctico, lo natural, e incluso la nada misma. Lo que se compromete es la posibilidad de tener una sociedad o, más básico todavía, una forma. En sus *Recuerdos de Provincia* dice: «en mi vida tan destituida, tan contrariada, y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada»⁷. Esta aspiración encierra, en su origen, la violencia propia de todo acto fundacional⁸. Para nacer había que liberar a América de todo aquello (indios, gauchos, caudillos, extensión, soledad, despoblado) que naturalmente lo impedía. La otredad de la aspiración queda definida como una no realidad. Así se fundamenta metafísicamente el genocidio indígena.

El proyecto sarmientino no es uno más, al lado de otros posibles. Utilizando la expresión de Eliade, constituye más bien una «experiencia primordial». Es la transformación del caos en cosmos. Dicha transformación requiere de un corte o ruptura, que establezca una diferenciación entre lo significativo y lo que no tiene significación, entre el ser y la nada, entre

⁵ *Cronología de Nora Dottori y Silvia Zanetti*, en Facundo, op. cit., pág. 356.

⁶ Simón Bolívar: «Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla», «Discurso de Angostura», en *Escritos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 3.ª edición 1975.

⁷ D. F. Sarmiento: *Recuerdos de Provincia*, Editorial Sopena, Argentina, Buenos Aires, 9.ª edición, pág. 103.

⁸ René Girard: *La violence et le sacré*, Grasset, Paris, 1985.

«la civilización y la barbarie» en lenguaje sarmientino. Trasladada a este espacio, la posibilidad de tener una *res pública* (*Facundo*, pág. 31) o una «forma civil» (pág. 68) enfrenta su propia necesidad de mantención en el ser, teniendo que exorcizar la amenaza permanente de nihilización o de *barbarización* (págs. 70, 71, 74) que pende sobre lo que es. Frente a la única alternativa posible: la cosmización, se alzan o están al acecho los demonios, las larvas, la anticultura. *Facundo* es un «genio bárbaro» (pág. 96), que no conoce «el sentido de las palabras» (pág. 247), con quien «las formas se degradan» (pág. 96). La batalla se da contra «una fuerza extraña a la civilización» (pág. 96), contra los «ojos negros, llenos de fuego» (pág. 81) del caudillo, contra todo aquello instintivo o brutal que subyugando o dominando trastoca la construcción de la ciudad necesaria.

La operación es tan violenta como radical. Pocas veces se siente más a América que con Sarmiento. El miedo es carne viva. También la fascinación frente a lo temido o rechazado. Dice: «La muerte, el espanto, el infierno, se presentan en el pabellón y la proclama del general de los Llanos» (pág. 121). Desde este miedo a lo más elemental, Sarmiento levanta la única estrategia de sobrevivencia o de salvación que le parece legítima. Se crean así las condiciones para crear o signar lo dado. «Día vendrá —anuncia— que el nombre de Rosas sea un medio de hacer callar al niño que llora, de hacer temblar al viajero en la oscuridad de la noche» (pág. 237). El miedo encarnado, racionalizado, le permite superar o mitigar lo abismal intuitivo, más allá de *Facundo* o Rosas, en la propia poesía (pág. 40). Es también el miedo, o la necesidad de cubrirlo, el que reduce el pueblo a folklore. El método de articular el discurso desde el temor original, o desde la inseguridad, liga a Sarmiento con un dispositivo que ha operado en América latina a partir de condiciones similares. Se puede sostener que la ausencia de mundo, su precariedad o rotura, la desorientación que causa la inexistencia de dioses compartidos o legitimados, así como la vergüenza que motiva la desnudez o el vivir de prestado, constituyen fuentes de inspiración y desasosiego importantes en América latina. Quizá no sea atrevido afirmar que se está aquí delante de un auténtico criterio epistemológico, que permite discernir cuándo un quehacer es o no enajenado.

Nuestro autor deja así planteado el problema de fondo. En una carta a José Victorino Lastarria dice: «es mi ánimo acercarme a un orden más elevado. ¿Lo conseguiré? La situación es difícil. Toda base falta»⁹. *Facundo* y Sarmiento ¿no son parte del «enigma» (*Facundo*, pág. 68) que él mismo se encarga de atender o resolver?¹⁰. La intensidad de la arremetida conduce al desvarío. La urgencia de contar con un orden, de tenerlo a como dé lugar, explica el confesado «delito de lesa *americanismo*» (*Facundo*, pág. 229), su apelación desesperada a Inglaterra y Francia. Este deseo de mun-

⁹ Carta de Sarmiento, 6 de diciembre de 1868, en Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria, 1844-1888, anotada por María Luisa del Pino de Carbone, Buenos Aires, 1954, pág. 62.

¹⁰ Santiago Montserrat: «Sarmiento y nosotros», en Realidad, Vol. III, n.º 8, Buenos Aires, 1948, pág. 184.

do, tan desbordante en Sarmiento, es hasta el día de hoy deseo no realizado. La evocación es el método que se propone. También la búsqueda de «observadores competentes» (pág. 10) capaces de penetrar en una realidad singular o de leer adecuadamente a Bolívar (págs. 16-17). América latina queda así abierta a interpretaciones o evocaciones nunca acabadas, múltiples, y que habrá que hacer o rehacer una y otra vez.

Carlos Ossandón

